



éxtasis

cayetano lupeña

Indice

La piel y la frontera. Marcos Taracido

Estampas

Caótico y audaz. Agustín Ijalba

La piel y la frontera

para Cayetano

La piel como una frontera. Traspasar una piel como quien cruza la tierra hacia lo desconocido. Tocar la piel como pisar por primera vez la arena de un desierto o de una playa. La piel es como un folio escrito sólo por una cara: por un lado el mundo, el aire pegado a cada uno de nosotros y una expansión infinita hacia el exterior, el planeta, el sistema solar, la galaxia, el universo... y por otro un viaje ignoto hacia dentro, hacia la infinitud de lo pequeño, hacia las galaxias que se esconden en el núcleo de los átomos. Fuera está el frío: el vello erizado se expone a los vientos huracanados que azotan la superficie, a los roces, a los miles de células aplastadas en cada contacto. Dentro, la calidez y el equilibrio: la contención de la perfecta maquinaria, el humor suave y denso de los órganos. Una brecha en la piel une ambos universos desacompañadamente y rompe el equilibrio: la calidez choca con el frío y se produce la batalla. Quizás en eso consista la diferencia entre la violencia y el amor: la pasión se consume al cruzar la frontera, al entrar en el cuerpo del otro que abre sus puertas para ser explorado: el pene, la lengua, los dedos, entran en los dominios de la piel por aberturas germinales y dadoras; sin embargo, la violencia rompe, rasga, abre caminos y erupciones y provoca violentos manantiales de lava roja o amarilla.

Uno convive con la piel como el primer límite. Cruzarlo siempre es doloroso, pero aún así hurgamos en la llaga o arrancamos la costra para mirar dentro. Nuestro interior es un mito, un misterio, un miedo infantil: quisiéramos desvelarlo, palpar los tejidos y las venas, abrir los riñones y estudiar su estructura como una catedral gótica, pero tememos cruzar la frontera porque quizás no haya camino de vuelta. Por eso las caricias nos estremecen: son un indicio, una señal de que se quiere saltar la frontera, de que el otro se acerca a tu misterio, de que sólo una fina pared le separa de tus mismos deseos. Por eso también nos aterran los trasplantes en los que la piel está presente: la mano de otro acoplada a tu brazo, acariciando los límites tuyos y de los otros, traspasándolos, sembrando la duda de quién agarra, quién ama, quién atraviesa las fronteras abiertas sólo a uno. Ahora incluso el rostro: sustituir la cara rota por la de un cadáver intacto: cómo besar la piel que contenía otra sangre, otros humores, otras venas, la piel que encerraba una carne extraña y ajena, la que fue frontera de de otros

universos.

Por eso las cicatrices se llevan como enseñas: son huellas de un viaje, son la prueba indeleble de un traspaso, de un intento de quebrar, de algún modo, los límites; palpar la piel retorcida y unida nuevamente, navegar con los dedos o la lengua por esa montaña, por esa llaga seca, es recorrer el periplo de un acercamiento a las sirenas, es la historia de un abismo, es la memoria de una grieta que rompió, por un instante, las fronteras.

Cada piel es un mapa de dos dimensiones. Explorarla, pisar en los recodos, asomarse a las planicies, adentrarse en los bosques, traspasar, en fin, las líneas invisibles que dividen un espacio del otro es labor alquímica y devota. Cada espina, cada poro, una llave reversible hacia el infinito

Marcos Taracido.
Libro de Notas. Marzo 2004





















Caótico y audaz

En su Crítica del Juicio, Kant desarrolla la metáfora de la isla y el océano como un modo de definir el contorno de lo cognoscible. Más allá de los límites de la isla, advierte, nos aguarda el magma informe de lo inescrutable, perdidos en un océano de confusión y oscuridad. La isla le sirve a Kant para desarrollar una vieja querencia del hombre, reflejada ya en la ardua tarea que se propuso Noé: salvar las cosas en el arca es una manera de tenerlas clasificadas, es una manera de salvarse a sí mismo con las cosas. Pero el arca que construye Kant no navega. Se queda varada en la isla. Se asienta sobre tierra firme, no zozobra. Kant como Noé evitan el diluvio aplicando la razón en el diseño de una isla-arca que actuaría a modo de cueva donde refugiarse en las frías e inhóspitas noches del invierno, en esas noches tenebrosas en las que vagan sueltos, sin orden ni concierto, los acontecimientos y las cosas.

Kant y Noé invitan a la resignación. Frente a ellos se levanta la voz del navegante, que se cuestiona los límites de la isla igual que se plantea el porqué de las cosas, la razón de tanta sinrazón. ¿Por qué aceptarlos sin más? ¿Por qué conformarse con la explicación científico-causal de los acontecimientos y de las cosas? ¿Por qué negarse la satisfacción del deseo de salir a navegar? ¿No son esos límites una reescritura de la autoconservación de Odiseo atado al mástil, preso de su temor a las sirenas?

Cada día, la realidad se desdobra en sus aristas para descubrirse nueva y distinta a la vez, construyendo astrolabios que nos ayuden a navegar por los escarbados arrecifes de la vida, de esa compleja red que nos circunda y nos atraviesa de norte a sur y de este a oeste. Caótico y audaz, foucaltiano en sus propuestas, Cayetano Lupeña insiste en dar la razón a Demócrito: son la necesidad y el azar los que mueven el mundo, son las cosas, y nosotros a la altura de las cosas, las que construyen ese lugar que son todos los lugares y ninguno, algo así como una pesadilla mordiéndose la cola.

Hoy aquí, mañana quizás allá...gracias, navegante, por tus cadencias.

Agustín Ijalba
Libro de Notas. 10 de enero de 2005